

**LIBRO** dot .com

---

El Pirata

Walter Scott

**EL  
PIRATA**

**WALTER  
SCOTT**

Digitalizado por **LIBRO** dot .com  
<http://www.librodot.com>

## INTRODUCCIÓN

Como el autor de esta obra adquirió cuantas noticias e informes en ella consigna, a bordo de una embarcación, puede dar principio a este prefacio con las mismas palabras con que empieza el cuento del *Viejo marino*; “Una vez, había allí un barco...”

Los comisarios encargados del servicio de los faros del Norte lo invitaron a que los acompañara desde el verano al otoño de 1814. Con el fin de inspeccionar aquellos edificios, tan útiles desde el punto de vista político como desde el humanitario, confiados a su dirección, proponíanse dichos señores recorrer las costas de Escocia, atravesando cuantos grupos de islas la rodean.

Las funciones de los comisarios eran gratuitas, y disponían, para efectuar su servicio, de un yate perfectamente armado y pertrechado.

El jerife de cada uno de los condados de Escocia, bañados por el mar, ocupaba, de oficio, un lugar en el barco de los comisarios, y el autor de esta novela acompañó la expedición en calidad de huésped, habiendo tenido la suerte de que el notable ingeniero Roberto Stevenson, le ayudara con sus consejos y experiencia.

El placer de visitar lugares que despertaran la curiosidad agregábase al asunto principal del viaje: el cabo agreste o el formidable escollo que es necesario señalar con un fanal, no se encuentran, de ordinario, a grandes distancias de los magníficos espectáculos que ofrecen las rocas, cavernas y arrecifes. No teníamos tiempo limitado, y, como la mayoría de los navegantes de agua dulce, podíamos hacer con frecuencia que el mal viento nos fuese favorable, dejándonos conducir por la brisa, para volver a algún lugar curioso que ya habíamos visitado.

El 26 de julio del año de gracia 1814 salimos del puerto de Leith con el doble objeto de llenar una misión de utilidad pública y de divertirnos, y seguimos toda la costa oriental de Escocia, deteniéndonos donde creíamos que había más cosas que admirar. Las maravillas de Shetland y de las Orcadas nos detuvieron muchos días; contemplamos asombrados cuanto de interés había en la antigua Tule, donde el sol desdeñaba ponerse; doblamos por el extremo norte de Escocia e inspeccionamos brevemente las Hébridas, en cuyas islas tuvimos la suerte de saludar a numerosos amigos. Allí, para que a nuestra excursión no faltase la gloria del peligro, nos favoreció la presencia de un navío que, según nos dijeron, era un guardacostas norteamericano, lo cual nos obligó a pensar en la desagradable situación a que nos veríamos reducidos si quedábamos prisioneros de los Estados Unidos. Abandonamos las románticas costas de Morven y de Oban, y nos dirigimos a las orillas de Irlanda, donde admiramos la *Calzada de los Gigantes*,\* que comparamos con Staffa, que ya habíamos visitado. A mediados de septiembre surcamos nuevamente las aguas de Clyde, y llegamos al puerto de Greenock, dando por terminado aquel agradabilísimo viaje. Como tuvimos a nuestra disposición una gran chalupa, dotada con algunos hombres de los que, además de la gente de a bordo, componían la tripulación del buque, no encontramos dificultad alguna —cosa que suele ocurrir pocas veces— para desembarcar en cuantos sitios despertaron nuestra curiosidad. Entre los seis o siete amigos que vivimos durante unas cuantas semanas encerrados en el yate, no hubo la más insignificante discusión ni el más ligero desacuerdo, a pesar de la natural diferencia de

---

\* Lugar de Irlanda en que numerosas columnas de basalto se adelantan hacia el mar, y forman una especie de calzada.

gustos y caracteres de cada uno; pues todos pusieron especial cuidado en subordinar sus propios deseos a los extraños. Llenamos cumplidamente nuestra misión y hubiéramos podido repetir las palabras del hermoso canto de Allan Cunningham:

“Alegres hijos del placer, el mar, la húmeda patria, nos ha mecido haciéndonos dichosa la vida.”

Pero el grato recuerdo de aquellas impresiones no carece de tristeza: cuando regresamos de la expedición, supe que el destino había conducido a su país, inesperadamente, a una mujer que poseía las grandes cualidades que requería el alto rango que ocupaba, y que me profesaba gran afecto; poco después, la pérdida del amigo a quien más quise en el mundo, obscureció tal recuerdo, cuya dulzura nada hubiera alterado sin esas crueles circunstancias.

Debo agregar que, al hacer aquella excursión, yo me había propuesto descubrir varios parajes que me fueran útiles para un poema con que entonces amenazaba a mis lectores y que después se publicó con el título *The Lord of the Isles* y que obtuvo un mediano éxito. Además, por aquella misma época, la novela *Waverley*, empezaba a popularizarse, augurándome la posibilidad de un segundo esfuerzo literario en este género, y yo encontré en las salvajes islas de las Arcadas y de Shetland muchas cosas que creía habían de inspirar el más vivo interés, si las hacía servir de escenario de los fantásticos sucesos de una narración ficticia. La historia de *Gow el Pirata* refiriómela una vieja sibila que comerciaba con los marineros de Stromness. Nada hay más afable que la acogida y hospitalidad de los caballeros de Shetland, que se mostraron conmigo sumamente afectuosos, acaso porque algunos habían sido amigos y corresponsales de mi padre.

Tuve interés en conocer el abolengo de una o dos generaciones, que me hubiera dado a conocer el árbol genealógico del antiguo *udaller* noruego, y descubrí que el lenguaje y usos particulares de aquella raza primitiva habían desaparecido por completo bajo la influencia de la pequeña nobleza de Escocia. La única diferencia que existe actualmente entre los nobles isleños escoceses, consiste en que la fortuna y propiedad están repartidas de un modo más equitativo entre las gentes del Norte, ésta es la razón por la cual nadie es envidiado, cualquiera que sea la posición que ocupe. Esta igualdad en cuanto a los medios de vida y el bajo precio en los artículos de primera necesidad, que es su consecuencia, hacían temer a la oficialidad de un regimiento de veteranos, de guarnición en el fuerte Carlota, en Lerwick, que los trasladasen a otra comarca, y especialmente a una capital, donde los ingresos no bastaran para cubrir sus necesidades. La resuelta afición de esos hijos de la alegre Inglaterra por las melancólicas y lejanas islas de Tule, tenía, sin embargo, algo extraordinario y sorprendente, que es lo que ha motivado la aparición de este libro, publicado muchos años después de la agradabilísima excursión a que he hecho referencia.

Las costumbres descritas en la novela son, en su mayoría, imaginarias, aunque de cierto modo fundadas en lo que, a la ligera, pude observar de lo que existe aún y en las plausibles indicaciones que se me han hecho para formar juicio exacto de lo que fue en otra época la sociedad de esas islas, tan separadas del resto del mundo, como dignas de interés.

La crítica, al juzgar mi obra, ha procedido quizás algo ligeramente, puesto que sólo ha visto en Norna una simple copia de Meg Merrilies. Es evidente que yo no he expresado en mi libro lo que me proponía y deseaba, puesto que no se ha comprendido bien el fin que perseguía; pero creo, sin embargo, que cuantas personas lean atentamente *El Pirata*,

reconocerán en Norna la víctima de sus remordimientos y extravíos, el juguete de sus propias imposturas: educada por una literatura salvaje y por las extravagantes supersticiones del Norte, se diferencia grandemente de la bohemia del condado de Dumfries, cuyo pretendido poder sobrenatural no excede jamás al de las profetisas de aquellas mismas regiones. Los rasgos esenciales de aquel carácter pueden estar bosquejados; pero no han sido debidamente desarrollados, pues en este caso carecerían de fundamento las reflexiones a que aludo. Norna, dueña de poderes y facultades extraordinarios, que impone a los demás la creencia de sus dones sobrenaturales, hasta extraviar su propia razón, es muy inverosímil; y, sin embargo, son frecuentes, entre las gentes poco ilustradas, éxitos análogos, obtenidos por un impostor entusiasta. Esto trae a la memoria la canción que empieza así:

“Más dulce es ser engañado, que engañarse.”

La fábula que atribuye a causas naturales las apariencias o incidentes de fuerzas sobrehumanas tiene necesariamente partes tan inverosímiles como un cuento de aparecidos; así lo he reconocido siempre, como ahora también lo reconozco: dificultad enorme que no siempre logró vencer el genio de la señora Radcliff.

Abbotsford, 1º de mayo de 1831.

## PRIMERA PARTE

En el mar todo anuncia los estragos.

SHAKESPEARE. *La Tempestad.*

### I

Los marinos que acostumbran navegar en los borrascosos mares que circundan la antigua Tule, dan el nombre de cabo de Sumburgh al altísimo promontorio en que, al Sudeste, termina la isla de Mainland, larga, estrecha, de figura irregular y que puede considerarse —por su mayor extensión sobre las demás que forman el archipiélago como el continente de las islas escocesas. Este promontorio es, sin cesar, combatido por la corriente de una marea impetuosa que, arrancando de entre las islas Orcadas y Shetland, precipítase con rapidez vertiginosa, parecida a la de un brazo de mar de Pentland, y se llama de Roost de Sumburgh. Una hierba corta cubre el promontorio, por el lado de tierra, y su cumbre se inclina rápidamente hacia un pequeño istmo, sobre el cual ha formado el mar dos pequeñas ensenadas que tienden a unirse para convertir el cabo en isla, que no será, en este caso, sino una roca solitaria, completamente separada del continente.

En la antigüedad creyóse esto inverosímil o muy lejano, pues hace ya mucho tiempo que un potentado de Noruega, o según otras tradiciones, un antiguo conde de las Orcadas, construyó en aquella lengua de tierra su palacio o casa de recreo. Hace ya muchísimos

años que esta mansión se halla abandonada, y sólo quedan hoy de ella ligeros vestigios, pues las arenas movedizas, arrastradas por los impetuosos huracanes de aquellas comarcas, han cubierto y casi enterrado todas sus ruinas. Esto no obstante, a fines del siglo XVII existía aún una parte del Palacio en disposición de poder ser habitada.

Era un edificio tosco, de piedra sin labrar, que no despertaba la curiosidad ni exaltaba la imaginación. Diciendo que era una gran casa de estructura antigua, con techo escarpado, cubierto de baldosas oscuras, describiríamos perfectamente el palacio de Yarlschhof, en cuya fachada veíanse algunas ventanas pequeñas distribuidas con el más absoluto desprecio de las leyes de la arquitectura y del buen gusto. Circundándolo, y apoyados a sus paredes principales, hubo en otro tiempo algunos edificios más pequeños que constituían las dependencias del palacio y servían de habitación al séquito y criados del conde; pero todos se encontraban ya en ruinas. Las vigas habían servido para hacer fuego y para otros usos; las paredes habíanse desplomado en muchos sitios, y las arenas, penetrando en las antiguas habitaciones del palacio y formando en ella una capa de dos o tres pies de espesor, habían completado la devastación.

A fuerza de numerosos cuidados y venciendo enormes dificultades, habían logrado los habitantes de Yarlschhof en medio de tales horrores y desolación tanta, conservar en buen estado algunos metros de tierra, que habían rodeado de una cerca para formar un jardín; y como las paredes del palacio preservaban este pequeño circuito del ímpetu destructor de los ciclones marinos, veíanse crecer en él los pocos vegetales que el clima era capaz de producir, o, mejor dicho, aquellos que los vientos no arrancaban, pues si es verdad que el frío en dichas islas es menos riguroso que en Escocia, lo es también que allí difícilmente pueden prosperar —sin el abrigo de una tapia— ni aun las verduras comunes; y, en cuanto a los árboles o arbustos, es inútil pretender encontrar alguno. ¡La fuerza devastadora de los huracanes del Océano es inmensa!

Junto al palacio, y casi a orillas del mar, precisamente en el sitio en que una de las ensenadas forma un pequeño y defectuoso puerto, en el que se ven tres o cuatro barcas de pescadores, hay algunas miserables chozas, donde habitan los vecinos de la aldea de Yarlschhof, que tenían arrendado todo aquel distrito bajo las condiciones ordinarias, que, como es fácil suponer, eran poco favorables para ellos. El señor, dueño y propietario del distrito y del palacio, residía en otra mansión de su pertenencia mejor situada, en distinto cantón de aquella isla, y rara vez visitaba sus tierras de Sumburgh. Era un buen shetlandés; hombre sencillo, honrado, aunque algo precipitado a causa de su género de vida, rodeado de gentes que dependían de él; le apasionaban los placeres de la mesa, quizá por no tener otra cosa en que ocuparse; era franco y generoso con los suyos, y, por último, cumplidor exacto de todos los deberes que la hospitalidad impone respecto de extranjeros. Descendía de una antigua y noble familia de Noruega, circunstancia que le hacía aún más querido de las clases inferiores, que tienen, casi todas, el mismo origen, mientras que la mayoría de los propietarios de la isla son de raza escocesa, y en aquella época se les consideraba como extranjeros e intrusos. Magnus Troil, que, según él mismo afirmaba, descendía del conde fundador de Yarlschhof, profesaba en alto grado esta opinión.

Los habitantes de la pequeña aldea de Yarlschhof habían ya obtenido otras veces los beneficios del dadivoso propietario de las tierras de Sumburgh cuando llegó a las islas de Shetland el señor Mertoun —que tal era el nombre del morador del viejo palacio— algunos años antes de la época en que empieza nuestra historia.

El señor Troil le dispensó la sincera y cordial hospitalidad que forma el carácter distintivo de aquellos aldeanos. Nadie le preguntó de donde venía ni adonde iba, ni con qué objeto había ido a un rincón tan apartado del imperio británico, ni si pensaba permanecer allí mucho tiempo. Aunque extranjero, recibió, desde su llegada a la isla, numerosas invitaciones: tenía seguridad de ser bien recibido en cualquiera de las casas que visitara, pudiendo hospedarse en ella a su albedrío, como si perteneciera a la familia —que no era exigente ni pródiga en atenciones—, hasta que él tuviera por conveniente trasladarse a otra morada.

Esta afectada indiferencia aparente de los buenos isleños con respecto al rango, carácter y cualidades de su huésped, no era consecuencia de su apatía, pues ansiaban vivamente conocerle; pero su delicadeza no les permitía infringir las leyes de la hospitalidad dirigiéndole preguntas, a las que le hubiera sido imposible contestar cumplidamente; y así, en vez de molestarle, como en otros países se acostumbra, para obtener confidencias que él no tenía quizás el propósito de hacer, los juiciosos shetlandeses diéronse por satisfechos atrapando al vuelo las pocas noticias que el curso de las conversaciones les revelaba.

Más fácil era conseguir que el agua brotase de una peña en los desiertos de Adaba, que obtener del señor Basilio Mertoun el descubrimiento de sus secretos, aun cuando se tratara de cosas sin importancia; y las personas notables que residían en Tule, no hallarían jamás su delicadeza sometida a una prueba tan difícil como al verse cohibidas —por exigencias sociales— de inquirir algunos antecedentes acerca del extraño y misterioso personaje.

Cuanto entonces se sabía de él, era muy poco. El señor Mertoun llegó a Lerwick, que empezaba a tener cierta importancia, a bordo de un buque holandés, sin más compañía que' la de su hijo, muchacho robusto y de agradable presencia, de catorce años de edad. El señor Mertoun tenía ya más de cuarenta.

El capitán del barco presentóle a varios de sus amigos, con quienes acostumbraba cambiar ginebra y pan de alajú, por bueyes del país, cecina de ganso y medias de lana de cordero; y los únicos informes que de él pudo darles fueron: que había pagado su transporte como un caballero y dado unas monedas a la tripulación para beber un trago a su salud. Esto fue una recomendación y bastó para procurar al caballero un círculo respetable de amistades, cuyo número se extendió a medida que fueron conociéndose los talentos e instrucción del recién llegado, realmente extraordinarios.

Este descubrimiento se hizo casi por fuerza, pues el señor Mertoun no acostumbraba hablar de otros asuntos comunes que de sus propios negocios; pero con frecuencia se empeñaba en discusiones que revelaban, a su pesar, al hombre instruido y de experiencia; y otras veces, por condescender y por gratitud a la hospitalidad de que era objeto, esforzabase para hablar con los que le acompañaban, sobre todo cuando la conversación era de un tono grave, melancólico o satírico, lo que estaba en armonía con sus ideas. En diversas ocasiones, la opinión general de los shetlandeses fue la de que el señor Mertoun había sido brillantemente educado, pero que sus preceptos habíanle descuidado respecto a un punto algo importante, pues nuestro buen extranjero no sabía distinguir la proa de la popa de un navío, e ignoraba en absoluto cuanto se relacionaba con el manejo de un barco. No acertaban a comprender los isleños cómo una ignorancia tan supina del arte más necesario a la vida (a lo menos en las islas de Shetland) se hermanaba con los vastos conocimientos que manifestaba respecto de otras muchas materias y que no podían

negársele.

Excepto las determinadas ocasiones que hemos citado, jamás abandonaba el señor Mertoun su carácter sombrío, hallándose, de ordinario, concentrado en sí mismo. Una ruidosa alegría le obligaba a abstraerse de los demás en seguida; y si toleraba, a veces, el gozo moderado de una reunión de amigos, advertíase en su rostro, desde luego, un abatimiento más profundo que el ordinario.

Sabido es que la mujer es sumamente curiosa y tiene un inmoderado deseo de descubrir misterios y disipar melancolías, sobre todo tratándose de un hombre seductor que se encuentra aún en lo más floreciente de su vida. Es, pues, posible que, entre las jóvenes de Tule, en general hermosas por sus cabellos de oro y grandes y azules ojos, nuestro pensativo y misterioso personaje hubiera encontrado alguna dispuesta a prodigarle sus consuelos si, casualmente, él se hubiera mostrado en actitud de recibir tan caritativo servicio; pero, lejos de animarle tal idea, parecía, por el contrario, que evitaba deliberadamente la presencia del bello sexo, al que no pocos recurren en sus aflicciones de alma y cuerpo para dulcificarlas.

El señor Mertoun era además desagradable a su huésped y principal patrón, Magnus Troil, porque este magnate de las islas de Shetland, que, como ya hemos dicho, descendía, por línea paterna, de una antigua familia de Noruega, a causa del casamiento de uno de sus antepasados con una señora danesa, abrigaba la profunda convicción de que un vaso de ginebra o de aguardiente era un específico infalible contra todos los cuidados y todas las aflicciones del mundo, y el señor Mertoun sólo bebía agua pura, sin que nadie le hubiera podido jamás hacer probar otra bebida que la suministrada por el cristalino arroyo de una clara fuente. Esto era intolerable para Magnus Troil, que lo reputaba como un ultraje a las antiguas y hospitalarias leyes del Norte, que él había observado rigurosamente pues aunque solía decir que ni una sola noche llegó a acostarse ebrio (lo que sólo era verdad en el sentido en que tomaba la palabra), le hubiera sido imposible demostrar que las noches siguientes, al irse a la cama, conservaba libre y expedito el uso de su razón. Puede muy bien juzgarse qué compensación ofrecería a Magnus Troil la compañía de este extranjero en cambio del disgusto que su sobriedad habitual le ocasionaba. El señor Mertoun revelaba desde luego al hombre de cierta posición; y aunque fácilmente se adivinaba que su fortuna no era inmensa, sin embargo, sus gastos demostraban claramente que tampoco nadaba en la miseria. En segundo lugar, sabía el modo de hacer agradable su conversación, cuando se dignaba hablar, como lo hemos indicado, y su misantropía y aversión por los negocios y relaciones sociales eran consideradas como consecuencia de su talento, lo que no podía sorprender en un país en que escasea. En una palabra, nadie podía penetrar el secreto del señor Mertoun, y su presencia ofrecía todo el interés de un enigma, que se lee muchas veces porque no se comprende qué significa.

Las bellas cualidades que poseía el señor Mertoun en nada se oponían a la disparidad de criterio que, respecto de algunos puntos esenciales, existía entre él y Magnus Troil, quien, una noche, cuando ya hacía algún tiempo que ambos residían juntos y después de permanecer en un sepulcral silencio cerca de dos horas, bebiendo agua el uno y aguardiente el otro, vióse agradablemente sorprendido al oír que Mertoun le preguntaba si le permitiría ocupar como inquilino su abandonada casa de Yarlshof, situada en el extremo del territorio llamado Dunrossness, al pie del promontorio de Sumburgh.

Al fin quedaré libre y desembarazado de este hombre del modo más decente —dijo

para sí Magnus—; y su cara seria no interrumpirá ya el curso de las botellas alrededor de mi mesa. Sin embargo, su partida va a poner fin a la venta de mis limones, pues una sola de sus miradas basta para agriar un océano de *punch*.

Esto no obstante, el bueno y desinteresado shetlandés hizo al señor Mertoun algunas generosas y discretas observaciones respecto a la soledad en que iba a condenarse y a los innumerables obstáculos que habría de salvar.

—La casa —le dijo— no está bien amueblada; no hay sociedad alguna en muchas millas en contorno; no podréis proveeros más que de los pequeños pescados salados que allí abundan, ni tendréis más compañía que la de las gaviotas y otras aves del mar.

—Mi buen amigo —respondió Mertoun—, precisamente por lo que acabáis de decirme, prefiero esa morada a cualquier otra, porque en ella podré evitar el trato de los hombres y, además, porque el lujo no puede allí reinar: un limitado recinto en que mi cabeza y la de mi hijo reposen resguardadas de la intemperie, es todo lo que deseo. Decidme la renta que yo debo pagar, señor Troil, y permitid que sea en Yarlshof inquilino vuestro.

—La renta, a fe mía —respondió el shetlandés—, no puede ser mucha tratándose de una casa tan vieja, que nadie ha habitado después de la muerte de mi madre, que Dios tenga en santa gloria. En cuanto a un abrigo, las paredes son muy sólidas, y resistirán todavía más de un golpe de viento; pero, en nombre del cielo, os suplico, señor Mertoun, que reflexionéis detenidamente en lo que vais a hacer. Un hombre nacido entre nosotros, que deseara ir a establecerse en Yarlshof, sería considerado como un extravagante y con mayor razón vos que habéis nacido en diferente país, bien sea en Inglaterra, Escocia o Irlanda, lo que nadie sabe de cierto.

—Y lo que a nadie importa —replicó el señor Mertoun con dureza.

—Yo me ocupo tanto en ello, como en contar las agallas de un arenque —profirió Troil—. Sólo diré que os estimo, porque estoy convencido de que sois escocés. ¡Estos escoceses! Llegaron aquí como una bandada de gansos silvestres, trayendo sus hijos y poniéndose a cubierto. ¡Que les pregunten si desean ahora regresar a sus montañas estériles o a sus llanuras pantanosas, después de haber probado en esta tierra la rica carne de vaca y el excelente pescado de nuestros lagos! No, señor —y esto lo dijo Magnus con entonación más animada, bebiendo constantemente tragos de aguardiente, lo que inflamaba su resentimiento contra los intrusos y le daba fuerza para sofocar las reflexiones algo humillantes que, se le ocurrían—. No, señor, no volveremos a ver más los tiempos antiguos de estas islas; sus costumbres primitivas han desaparecido para siempre. ¿Qué han hecho nuestros antiguos propietarios, nuestros Patersons, nuestros Feas, nuestros Schlagbrenners, nuestros Thorbions? Los han reemplazado los Giffords, los Scotts, los Monats, gentes cuyo solo nombre prueba que ellos y sus antepasados son extranjeros en el suelo que los Troils han habitado antes de los días de Turf Einar, que fue quien primeramente enseñó en estas islas a quemar la turba, beneficio que la posteridad ha sabido agradecer.

Este tema era tan lisonjero como inagotable para el potentado de Yarlshof, quien al empezar a hablar proporcionó un verdadero placer al señor Mertoun, que acariciaba la idea de entregarse a sus meditaciones, mientras el shetlandés-noruego declamaba contra los cambios introducidos en las costumbres y en los habitantes. Sin embargo, cuando Magnus Troil, en su discurso, llegó a la sensible conclusión de que en el espacio de un siglo habían de desaparecer la tierra y los propietarios de la isla de Shetland, acordóse de



la proposición que su huésped le había hecho y enmudeció repentinamente.

—No me propongo, al hablar así —dijo al suspender su discurso—, oponerme al deseo que tenéis de estableceros en mis posesiones de Yarlshof; pero os garantizo que es un sitio muy agreste. Y, cualquiera que sea el lugar de vuestra procedencia, seguro estoy que diréis, como los demás viajeros, que el clima de este país no es tan bueno como el del vuestro, opinión muy generalizada y sostenida por ellos. ¡Sin embargo, vos preferís retiraros a ese desierto que obliga a los naturales a emigrar! ¿Tomaréis una copita de aguardiente? ¿No? Permitidme, entonces, que yo beba a vuestra salud.

—Mi querido amigo —respondió Mertoun—, todos los climas me son indiferentes, y nada me importa que proceda de la Arabia o de Laponia el aire que aspiro, con tal que no me falte para llenar mis pulmones.

—¡Oh! en cuanto al aire —insinuó Magnus Troll—, no os faltará jamás. Es un poco húmedo, según aseguran los extranjeros; pero nosotros conocemos un remedio para tal inconveniente. Bebo a vuestra salud, señor Mertoun, p es preciso que os decidáis a imitarme y a fumar también en pipa. Entonces sí que, como decís, no os parecerán distintos el aire de las islas shetlandesas y el de Arabia. Pero, ¿habéis estado en Yarlshof?

El extranjero contestó con una negativa.

—No tendréis, entonces, idea de vuestra empresa. Si suponéis que vais a encontrar una rada tan buena como ésta, con una casa situada a la orilla de un hermoso brazo de mar en el que vayan los arenques hasta vuestra puerta, os equivocáis completamente. En Yarlshof no disfrutaréis de más espectáculo que el mar que se estrella contra las rocas, y el Roost de Sumburgh, impetuosa corriente de quince nudos por hora.

—A lo menos allí estaré libre del mar de las pasiones humanas.

—Solamente oiréis los chirridos de gaviotas y el bramido imponente de las olas, desde que sale el sol hasta que se pone.

—Tengo suficiente, amigo mío, con tal que yo no oiga la tarabilla de, las lenguas femeninas.

—¡Ah! decís eso, sin duda porque habéis oído a mis hijas Minna y Brenda, que cantaban en el jardín con vuestro Mordaunt. Pues yo os aseguro que me complace más escuchar sus vocecitas que la de la calandria que oí en cierta ocasión en Caithness, y que tendría en oír al ruiseñor, del que no sé más que lo que cuentan los libros. ¿Y qué harán mis pobres hijas cuando. Mordaunt no juegue con ellas?

—Ellas se arreglarán. Jóvenes o viejas, no faltará quién las divierta o las engañe. Pero lo interesante ahora, señor Troil, es saber si me cedéis o no en arrendamiento vuestra vieja casa de Yarlshof.

—¿Cómo podéis suponer que no acceda a vuestros deseos, puesto que estáis decidido a vivir en tan grande soledad?

—¿Y cuál será el precio?

—¡El precio! ¡Oh! Necesitáis disponer de *un plante cruive*,<sup>1</sup> llamado antiguamente jardín; además, un derecho en *scathold* y, por último, un sitio donde se pueda pescar para vos. ¿Os parece mucho pagarme ocho *lispunds* de manteca y ocho *scellings sterling* cada año?

—Conforme —dijo al punto el señor Mertoun, que aceptó tan razonables condiciones.

---

<sup>1</sup> Así se llamaban los pedazos de tierra destinados a cultivar hortalizas.

Y el extravagante personaje no tardó en instalarse en la solitaria casa que ya hemos descrito, resignándose —sin quejarse, pero con triste placer (al menos en apariencia)— a todas las privaciones que imponía necesariamente el vivir en lugar tan agreste y apartado del trato social.

## II

Al saber los pocos habitantes de la aldea de Yarlshof que un personaje de tan elevada categoría, como ellos conceptuaban al señor Mertoun, iba a residir en la morada triste y ruinosa, llamada aún el palacio, se alarmaron extraordinariamente. En aquellos tiempos, la presencia de un magnate ocasionaba, generalmente, un aumento de cargas y exacciones, que justificaba la práctica bajo un pretexto cualquiera, basado en usos y costumbres feudales. Y así, de un modo violento y arbitrariamente, el temible y poderoso vecino, a quien llamaban el primer arrendatario, adueñábase sin pudor de una parte del precario beneficio, que el débil arrendador conseguía a fuerza de trabajos y fatigas. Sin embargo, los que en razón de sus arrendamientos estaban bajo la dependencia inmediata de Basilio Mertoun, conocieron pronto que no tenían que temer, de parte de éste, ninguna opresión de esa índole, pues fuese rico o pobre, los gastos estaban en relación con sus medios, y la frugalidad bien entendida formaba el carácter distintivo de todas sus acciones: no tenía más lujo que un pequeño número de libros y algunos instrumentos de física, que pedía a Londres cuando encontraba ocasión, lo que para aquellas islas suponía una riqueza extraordinaria; además, en su mesa y en su casa no gastaba más que cualquier pequeño propietario de aquel país. Sus arrendadores no se preocuparon gran cosa de la calidad del nuevo *tacksman*<sup>2</sup> cuando advirtieron que la presencia de éste había mejorado su condición en lugar de empeorarla; y disipado el temor de la opresión, confabuláronse para disfrutar de su indolencia, conviniendo entre ellos hacerle pagar a un precio excesivo cuanto le suministraban para el consumo diario de su casa. El extranjero afectaba no reparar en este pequeño manejo con una indiferencia más que filosófica, cuando un incidente que acabó de revelar su carácter, no bien conocido todavía, concluyó con los ilícitos tributos que los aldeanos se habían propuesto imponerle.

Encontrándose cierto día el señor Mertoun en una torrecilla solitaria del palacio, ocupado en examinar detenidamente un paquete de libros que le había traído de Londres un barco ballenero procedente de Hull-Lerwick, oyó de pronto el ruido de una disputa, suscitada en la cocina, entre la vieja ama de gobierno y un pescador llamado Sweyn Erikson, a quien no aventajaba ningún shetlandés en el arte de manejar el remo y pescar en plena mar. La discusión y las voces, que crecían por momentos, concluyeron por agotar la paciencia del señor Mertoun. Sumamente indignado, bajó a la cocina, preguntó cuál era el objeto de la disputa, pero con insistencia e imperio tales, que, sorprendidos los dos, aunque trataron de eludir la cuestión con subterfugios, se vieron al fin precisados a declarar la verdad. Se trataba de una diferencia de opinión entre la honrada ama de gobierno y el no menos honrado pescador, a causa del reparto y aplicación de un ciento

---

<sup>2</sup> *Tacksman*, primer arrendatario.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

